

ALFREDO S. C. BOLSI. SU MAGISTERIO EN EL CHACO (1967-1986)

ERNESTO J.A. MAEDER - emaeder@arnet.com.ar
Investigador Superior del CONICET

Recibido 05/04/13, Aceptado 21/06/13

Al preparar esta revista una edición en homenaje a Alfredo Bolsi, se me solicitó una colaboración, conociendo la estrecha relación que nos unía. Acepté agradecido. Tenía en carpeta algunos trabajos inéditos que podían ofrecerse en esa oportunidad, tal como se acostumbra en los medios académicos. Pero, en razón de esa amistad, ese tipo de colaboración me pareció en este caso insuficiente. Pensándolo mejor, me incliné por ofrecer un relato testimonial de la larga y fecunda trayectoria de Bolsi en Resistencia. Y con ello hacer presente la amistad y el respeto que se fue generando entre nosotros a través del trabajo, la investigación y el afecto compartido en aquellos años.

Espero que este testimonio no desdiga del nivel académico de otras colaboraciones. Apunta más bien a trazar la dimensión ética y el rigor científico de Bolsi, datos que merecen destacarse tanto como su producción intelectual. Y además, divulgar entre sus amigos y discípulos tucumanos, la gestión que le cupo en aquellas dos décadas que pasó en Resistencia, enseñando en las aulas de la Facultad de Humanidades de la Universidad Nacional del Nordeste y en el Instituto de Investigaciones Geohistóricas del CONICET, que contribuyó a crear.

Su llegada al Chaco se produjo en un momento en el cual la Facultad de Humanidades recién se estaba organizando institucionalmente, con autoridades electas y cierta experiencia acumulada desde 1958, fecha a partir de la cual, aquella casa había iniciado sus clases. Una de esas prioridades era la integración de sus cuadros docentes, procurando el arraigo de profesores jóvenes y destacados que no tuvieran inconveniente en radicarse en el Chaco, prescindiendo por entonces, de las comodidades y de los contactos propios de una gran ciudad y superando dificultades y limitaciones propias del momento. Muchos de los candidatos con que contaba, sólo aceptaban contratos temporarios y pocos fueron los que arraigaron en Resistencia.

De todos modos, la oferta era atractiva, ya que se les brindaba dedicación exclusiva y la libertad de organizar sus cátedras, generalmente dos, con criterio amplio. En el caso del departamento de Geografía, se habían sumado en años anteriores, algunos profesores en esas condiciones, que como Enrique D. Bruniard o Lucía Thiebaut, habían llegado desde Paraná o desde Tucumán. Fueron ellos, junto con Bolsi y algunos otros, los que contribuyeron a reemplazar gradualmente el magisterio que, en los inicios, habían cumplido destacadas figuras de la Universidad Nacional de La Plata, como don Augusto Tapia, Alfredo Siragusa y Ángel Cabrera, en su calidad de profesores temporarios o viajeros.

Fue en 1967 cuando Bolsi se incorporó a los cuadros docentes de la Facultad de Humanidades de la Universidad Nacional del Nordeste, haciéndose cargo de las cátedras de Geografía Humana I y II como profesor contratado. Contaba entonces treinta años. Tiempo después recibió la invitación de la Fundación Guggenheim para viajar a Berkeley, California y perfeccionar sus conocimientos bajo el magisterio de James Parsons y Carl Sauer. A su regreso concursó su cátedra y desde entonces hasta 1986, consolidó su presencia en la facultad como profesor titular de Geografía Humana, al tiempo que mantenía un amplio desempeño en otras labores del departamento correspondiente.

Su presencia y labor en la facultad fue constante y está signada por la docencia, la formación de discípulos y la investigación. Esos tres aspectos están

indisolublemente unidos a su trayectoria en ese departamento de Geografía, del cual también hubo de asumir la sub dirección y luego la dirección, en dos trienios sucesivos.

Durante esa etapa pueden señalarse dos aportes muy importantes, que indican con claridad las líneas de trabajo en las que canalizó su labor. Una de ellas constituyó un estudio amplio de los distintos aspectos que caracterizaban a la ciudad de Resistencia y su región, su desarrollo histórico, su población y su funcionalidad en el marco del nordeste argentino. Trabajó con Enrique Bruniard y un grupo de colaboradores y produjeron tres números íntegros de la revista *Geográfica*, con un despliegue cartográfico y relevamientos informativos de primera mano. Esas publicaciones, que se editaron entre 1973 y 1974, merecieron elogios y recibieron posteriores ampliaciones de detalle. Fueron las primeras publicaciones de ese Departamento que impusieron su sello de calidad y originalidad, en las publicaciones de la UNNE.

El segundo aporte es diferente y está referido a la historia de la población. Pero además, tuvo la virtud de unir nuestras investigaciones con una relación de creciente amistad. Una mutua simpatía y crecientes lazos de amistad se fueron afianzando con los años. Nos unieron tanto las vicisitudes de la vida universitaria, los temas y gustos afines, como la mutua apertura a los problemas de la época y de la vida nacional.

Debo señalar que vivíamos en casas vecinas, con un jardín compartido. En ese ámbito tan grato, se gestó uno de los estudios más gratificantes que hayamos emprendido juntos. Me refiero a un tema que nos interesaba a ambos: el comportamiento demográfico de los guaraníes en las Misiones Jesuíticas. Para esos años, la dimensión de esa población, estimada en más de cien mil habitantes, así como su destino ulterior después de la expulsión de la Compañía de Jesús, constituía un tema que aun faltaba estudiar y sobre el cual se habían tejido conjeturas e hipótesis aventuradas. No había certezas y los datos conocidos eran confusos o incompletos. Le conté a Bolsi que me hallaba analizando ese problema y que en varios archivos había logrado localizar y transcribir una numerosa serie de plani-

llas, elaboradas por los jesuitas desde fines del siglo XVII, que cubrían casi todo el siglo siguiente, con una riqueza de datos inusual para las estadísticas de aquella época. Cuando Bolsi las vio, se entusiasmó y pronto formamos nuestro grupo de trabajo y nos dedicamos intensamente al estudio de esas fuentes.

Por mi parte aporté a las planillas, toda la información posible sobre el contexto de las misiones y las alternativas sufridas por una población urbana y rural de grandes dimensiones. Bolsi por su parte, encaró la sistematización de la enorme cantidad de datos disponible y estudió los índices de natalidad, mortalidad, midió las deserciones o los ingresos, y una serie de asuntos atinentes a los guaraníes y a la época, Así pudimos conocer las dimensiones de una población que osciló entre los 80.000 y los 140.000 habitantes a lo largo de un siglo, y paralelamente, apreciar los distintos aspectos de su dinámica. Las fuentes con que trabajábamos eran excepcionalmente ricas y no tenían parangón alguno con estadísticas similares, en cuanto la cobertura, la regularidad de las planillas y el detalle de la información que suministraban. Fueron para nosotros días y semanas de trabajo inolvidable, en el cual celebrábamos cada hallazgo o la confirmación de alguna de nuestras hipótesis de trabajo. Finalmente redactamos una versión preliminar de la investigación y la expusimos en un congreso en Santa Rosa, Río Grande do Sul, en 1973. Más tarde lo hicimos en otro evento en Asunción en 1974 y luego de algunas depuraciones y de la ampliación de la información inicial, dimos al trabajo su forma definitiva en 1976. El entusiasmo por el tema nos duró bastante, pues con similares fuentes, pasamos a estudiar la población de las misiones de Chiquitos en Bolivia, para seguir con similares fuentes, la demografía de los guaraníes en la época post jesuítica, en trabajos que se editaron entre 1977 y 1983.

Esta experiencia nos hizo comprender cuánto podía esperarse de la integración de nuestras disciplinas para abordar temas que como los atinentes a la ocupación del espacio, la población, los sistemas productivos, la urbanización y tantos otros, requerían ser examinados desde ambas perspectivas disciplinarias. Y también, cuánto habíamos aprendido el uno del otro en esta aventura intelectual. Esta convicción, así como el desencanto que nos causaba ver a la Universidad

convulsionada y politizada en esos años, nos llevó a aceptar la iniciativa de formar un instituto de investigaciones neohistóricas, bajo el patrocinio del CONICET, ajeno en lo posible, a los vaivenes de las agitaciones políticas y universitarias. La idea era mantener el nexo con la Facultad a través de nuestras cátedras, y al mismo tiempo, hallar un ámbito de trabajo sereno para la investigación y la producción científica. Allí se incentivaría la formación de jóvenes historiadores y geógrafos de relevo para la docencia universitaria, a través de una formación de posgrado y de su entrenamiento en la investigación en el marco de los proyectos generados en el Instituto. Así fue como surgió nuestra nueva aventura en el Instituto de Investigaciones Geohistóricas (IIGHI).

En otras páginas he referido con detenimiento la coyuntura que aprovechamos, para llevar adelante esa iniciativa, los pasos dados y como llegó a concretarse este instituto. Inicialmente radicado en Corrientes y más tarde ubicado definitivamente en Resistencia, calle por medio con el campus de UNNE y patrocinado por el CONICET desde sus inicios.

A Bolsi le cupo una labor descolante en esa empresa. Por distintas razones no pude incorporarme en ese momento al instituto, por lo cual quedó en sus manos la organización inicial del mismo. Es decir, nada menos que el reclutamiento de los colaboradores que adhirieran a este proyecto, el equipamiento, la distribución de responsabilidades e incluso el plan de labor, así como todo aquello que las circunstancias imponían. Entre ellas, la relación con la Facultad y las publicaciones compartidas con esa institución.

El asumí con entusiasmo y acierto esas tareas entre 1979 y 1981, fecha a partir de la cual me incorporé al instituto. De esa labor rescato al menos dos aspectos que juzgo esenciales en la gestión de Bolsi. El primero lo constituye el buen sentido que tuvo para elegir de entre nuestros egresados, a los primeros colaboradores, desde becarios y pasantes, hasta profesores e investigadores, provenientes de algunos proyectos, más o menos dispersos del CONICET, o de otras entidades similares. Supo formar con ellos un primer equipo de estudio integrado, abierto y estimulado por su disciplina intelectual y el sentido del humor, que

Bolsi combinaba con su seguro y discreto magisterio. En su gabinete lucía el retrato de Carl Sauer, a quien admiraba y que, a su vez había guiado sus pasos en una fecunda estadía en California, cuando años atrás, Alfredo había ganado la afamada beca Guggenheim.

El segundo aspecto que creo ha de destacarse es la atención que puso en la cartografía, a través de la creación de una mesa de dibujo atendida por un competente dibujante. En ella se cifró una parte de nuestros propósitos, que consistían en no perder de vista en el relato cronológico, la dimensión espacial de los procesos históricos, con su correspondiente proyección cartográfica. No se trataba de acumular mapas antiguos o de valor ornamental, sino de diseños elaborados que complementasen los textos correspondientes. Diseños bien dibujados, de factura uniforme y calidad informativa, que pusieran en nuestras monografías el sello de nuestro instituto. ¡Cuán útil fue esta previsión, para que tiempo después, pudiéramos abordar con el rigor requerido los Atlas históricos que caracterizaron a nuestra producción! Y además, lograr que cada uno de esos Atlas fuera el fruto de un plan de trabajo conjunto de todos los integrantes del IIGHI. Es verdad que hoy, otros procedimientos técnicos han normalizado los diseños pero en aquellos años, la cartografía artesanal era la única disponible y con ella contamos para alcanzar los objetivos citados.

El trabajo desplegado por Bolsi, tanto en la facultad como en el instituto se ciñó principalmente a cuestiones de la población y la ocupación del espacio en el Nordeste. Así, por ejemplo, se interesó en el poblamiento moderno de Misiones, en una serie de trabajos que finalmente, se reunieron en su tesis doctoral sobre *Misiones, el problema de la yerba mate y sus efectos en la ocupación del espacio y el poblamiento*, cuyo texto se editó en Resistencia en 1988, algo después de su regreso a Tucumán.

En esos trabajos, que no es menester enumerar aquí, se advierte su preocupación por la formación de discípulos y por un elevado nivel de su enseñanza universitaria. Bastan algunos ejemplos: en 1981 publicó con dos de sus discípulas, Lilia Osuna y Norma C. Meichtry una ejemplar *Guía para ejercicios y trabajos*

prácticos en geografía de la población, texto necesario para la adecuada formación de sus alumnos. Con Ana María Foschiatti y nuevamente con Norma C. Meictry abordó otros estudios sobre demografía histórica del Nordeste, sobre política migratoria y situación de las fronteras en la región. A su lado se formaron y doctoraron varios discípulos, como las ya citadas Foschiatti y Meictry, Héctor Rubén Borrini, Mirta Ramírez y María Pérez. Mantuvo abierta la comunicación con el mundo académico y dictó seminarios aquí y en otras universidades y atrajo hacia la facultad y el instituto a colegas prestigiosos de Cuyo, Buenos Aires y Alemania.

Alfredo Bolsi y su esposa, la doctora Francisca Luna, vivieron en Resistencia casi veinte años y fueron aquí muy reconocidos y queridos. Así como el se destacó en la enseñanza y la investigación, la doctora Luna lo hizo en el Laboratorio Central de la Provincia. En esa institución trabajó incansablemente y llegó a ser su directora, infundiéndole su espíritu emprendedor y generoso, al punto que tal que hoy, en su homenaje, ese Laboratorio lleva su nombre.

Los requerimientos del CONICET para que Bolsi asumiera otras responsabilidades en la carrera y tal vez, cierta nostalgia del hogar tucumano, impulsaron a estos amigos a volver al pago de origen. Allí, con sus hijos Alfredo volvió a recrear la aventura de formar otro instituto y de asumir, gradualmente, mayores responsabilidades en las comisiones y juntas del CONICET, ya con el rango de investigador Superior y gozando de su ganado prestigio científico. No corresponde a esta nota tratar esta etapa, que por otra parte los amigos tucumanos conocen muy bien.

Para concluir, debo agregar que el paso de Bolsi por Resistencia, su docencia en la Facultad de Humanidades y su labor en el Instituto de Investigaciones Geohistóricas, constituyen una etapa muy fecunda, de la cual todos sus amigos y discípulos se han beneficiado. De esa entrega recordamos el rigor de sus estudios, la generosidad de su magisterio y la sobria conducta de un hombre cabal, siempre comprometido con la verdad y al servicio a los demás.

Resistencia, 7 de mayo de 2013.